



NUESTRA PORTADA

El monumento que no se inauguró

▪ RAMON BALIUS I JULI

La cuadriga representada en el ánfora* que ocupa nuestra portada tiene una doble significación: por un lado, cuando esta revista vea la luz, faltará poco más de un mes para que en Atenas se inicien los Juegos de la 28 Olimpiada de la Era moderna; por otro, y por el motivo antes explicado, el día 27 de este mes de junio habrá pasado por Barcelona la antorcha con la llama olímpica, camino de la capital griega. En su recorrido por nuestra ciudad, tenemos la esperanza que los portadores de la antorcha habrán hecho una breve parada al lado de unas "piedras" que sustentan una inscripción griega y que están situadas frente al edificio del INEF de Catalunya. Estas "piedras", moldeadas en Olimpia en 1989 por un equipo técnico dirigido por el

profesor Frederic-Pau Verrié, reproducen el monumento votivo erigido por el barcelonés Luci Minici Natal Quadroni para conmemorar su victoria en la carrera de cuadrigas de los 227 Juegos Olímpicos (año 129 de nuestra Era). La parada momentánea de la antorcha habrá significado un homenaje a nuestro primer Campeón Olímpico.

Este monumento fue realizado gracias al patrocinio de la Secretaria General de l'Esport de la Generalitat de Catalunya y a la colaboración de un equipo técnico del Museo de Arqueología de la Diputació de Barcelona. Era importante valorar este vestigio arqueológico porque Barcelona –aparte de Atenas y de Roma– es la única sede olímpica moderna que puede jactarse de haber

estado presente en los Juegos de la Antigüedad Clásica, haber participado en ellos y haber triunfado. El monumento reconstituyó el basamento sobre el cual se levantaba el carro triunfador, con cuatro caballos de bronce y la figura del auriga que completaban el conjunto y que el propio Luci Minici Natal probablemente encargó e hizo fabricar.

El monumento, que pocos días antes de comenzar los Juegos de Barcelona, estaba situado en su actual emplazamiento, por razones que no llegamos a calibrar ni entender, *quedó casi ignorado e incluso no fue inaugurado (!)*. Esperamos que esta anomalía de protocolo ocurrida en 1992 haya sido reparada y corregida. Se lo merecían Luci Minici Natal y el profesor Verrié.

El barcelonés Lucius Minicius Natalis, primer olímpico hispánico

▪ FREDERIC-PAU VERRIÉ

El texto que a continuación reproducimos es la conferencia pronunciada por el Prof. Frederic-Pau Verrié, exdirector del Museo de Historia de la ciudad de Barcelona, el 8 de junio de 1991, en el marco de la Reunión Internacional Extraordinaria de directores de Museos del Deporte, promovida por la Secretaria General de l'Esport de la Generalitat de Catalunya, los meses que precedieron a la celebración de los Juegos de Barcelona, el año 1992.

Con este texto, hasta hoy inédito, su autor ventó a resumir todos los trabajos de investigación y divulgación sobre el tema que había llevado a cabo desde el año 1972, y que, veinte años después, abocarían en la reproducción de los vestigios del monumento votivo de Lucius Minicius Natalis conservados en Olimpia, en los jardines de Montjuïc de su ciudad natal, la colonia romana de Barcino.

Reproducimos el texto tal como fue pronunciado, en catalán y traducción si-

multánea al castellano, francés e inglés, con sus referencias a las personalidades científicas que asistieron y al proyecto de reconstrucción del monumento, tal como se hizo el año siguiente en el lugar donde hoy se encuentra, cerca del Instituto Nacional de Educación Física de Catalunya.

El autor quiere aprovechar la oportunidad para expresar su agradecimiento a quienes dieron el empujón definitivo para la realización del proyecto: a Josep Lluís Vilaseca, entonces Secretari General de l'Esport y al Dr. Ramón Balius, animador de todas las iniciativas que aúnan deporte y cultura histórica o artística; como también a los colegas del Museo de Arqueología de Barcelona, Ferran Sancho y Josep Pedro; ya que con su eficaz colaboración consiguió llevar a cabo con total éxito el trabajo material de moldeado y reproducción de las piezas conservadas en el santuario griego de Olimpia.

Estimados colegas:

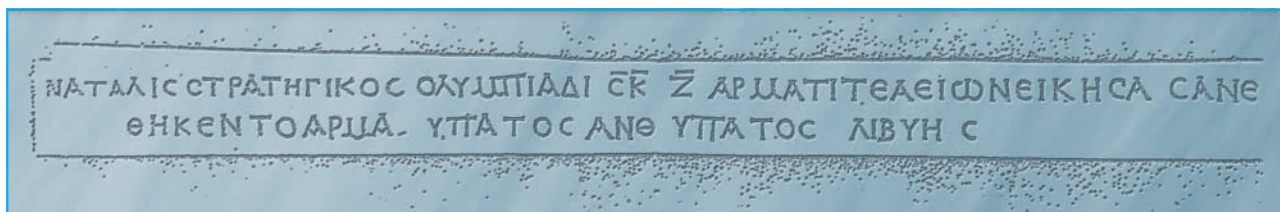
Me permitiréis, espero, que os nombre así habiendo sido yo mismo Director de un Museo, no del deporte pero sí de la Historia de esta ciudad, la antigua Colonia *Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino* de los romanos.

Y me permitiréis también que de entrada subraye el doble carácter olímpico de que puede presumir esta misma ciudad donde ahora estáis reunidos: Olímpica, en primer lugar, hoy a las puertas de los juegos del 92, pero ciertamente también olímpica de alguna manera en el pasado, más de dieciocho siglos atrás de nuestra historia ciudadana.

Ésta es una afirmación que para algunos de vosotros puede parecer, si no fantástica, en cualquier caso sorprendente, pero que es, no obstante, bien cierta.

Para satisfacer la curiosidad que puede desvelar esta afirmación y para justificarla me ha sido conferido, ilustres colegas,

* Ánfora de Cuello. Musei Capitolini Roma Altura: 28 cm. Diámetro: 17,5 cm. Origen: desconocido. Datación: 530-520 aC aproximadamente.



Calco de la inscripción conservada en Olimpia.

el honor de dedicaros *hic et nunc* unas palabras.

Los hechos, en resumen son éstos: en primer lugar:

De todas las ciudades que modernamente –después de la reinstauración de los juegos de 1896– han pretendido ser sede olímpica o han rehusado a serlo, sólo Barcelona –haciendo la necesaria excepción de Atenas y de Roma– puede decir que en los Juegos de la antigüedad clásica, ya estaba presente. Después:

El primer vencedor hispánico del cual se tiene noticia es un barcelonés: Luci Minici Natal Quadroni Ver, que participó en los 227 juegos y ganó la carrera de cuadrigas.

Y finalmente:

Todavía se conserva en Olimpia una parte de la base del monumento votivo y de la inscripción que recuerda o conmemora aquel hecho, testimonio epigráfico y monumental que certifica nuestra primera victoria olímpica y nuestra presencia en los juegos de la antigüedad.

Y quiero creer que estaréis de acuerdo conmigo en que estos hechos merecen comentario.

El año 129 de nuestra Era, en los 227 juegos olímpicos, participó el barcelonés Luci Minici Natal Quadroni Ver, que triunfó en la carrera de carros; orgulloso de su victoria, Luci Minici Natal hizo donación al Santuario de Olimpia del carro triunfal e hizo levantar un monumento, encima del zócalo del cual, además del carro, figuraban las esculturas de bronce, en tamaño natural, de los cuatro caballos y la del auriga que guió la carrera hasta la victoria.

En Olimpia, como he dicho, se conserva todavía una parte de las piedras de la par-

te superior de aquel zócalo con las señales de los encajes de las patas de los caballos, de las ruedas del carro y del pie del auriga y, en la parte frontal, la inscripción en griego, casi entera, que recuerda lo esencial de aquel hecho.

Esta inscripción, descubierta en 1878 y publicada en 1896, fue calcada, estudiada y reproducida en 1972 por mí mismo, que además identifiqué otros vestigios dispersos de la base del monumento.

En septiembre de 1989, bajo el patrocinio de la Secretaría General del Deporte del Gobierno de la Generalitat de Catalunya, y con la participación de la Diputación Provincial de Barcelona, una pequeña expedición arqueológica encabezada por mí mismo e integrada por un grupo de técni-

cos del Museo de Arqueología de la Diputación y del Museo de Historia de la Ciudad, procedió, en Olimpia mismo, a empaquetar todas las piezas identificadas y posteriormente, en Barcelona, a la reconstrucción material de la parte conservada de aquel testimonio arqueológico.

Para la realización de esta tarea, pude contar no solamente con la autorización del Ministerio de la Cultura de Grecia, sino que también con el apoyo de la Dirección del Museo de Olimpia, de la Dirección del Instituto Arqueológico Alemán de Atenas y de sus colaboradores, como también con la ayuda del Sr. Valianatos, Jefe del Servicio de Relaciones Públicas de este mismo organismo, a todos los cuales quiero expresarles mi agradecimiento desde aquí.



El equipo de arqueólogos barceloneses trabajando en el moldeado de las piedras conservadas del monumento de Lucius Minicius Natalis.



Reproducción del texto. Patio de entrada del Museo del Deporte "Melcior Colet", en Barcelona.

La inscripción es la que –reproducida– se muestra en el patio de entrada de nuestro Museo del Deporte.

Su texto –con el breve fragmento que faltaba, restituido– dice así:

"L(oukios) Minikios Natalis strategikos, olympiadi diakosioi eikosi eptarmati teleio neikesas, anetheken to arma; Ypatos anthypatos Libyes."

Es decir:

El pretor Luci Minici Natal que en la Olimpiada 227 venció con un carro completo, hace donación (al Santuario) del carro (ganador). (Minici Natal había sido) Cónsul y Procónsul de Libia.

Aparte del nombramiento de sus cargos militares y políticos, primero de pretor y más tarde de procónsul, la inscripción no dice nada más sobre la personalidad de este *olympionikós*. Pero, por la información prosopográfica del mundo antiguo acumulada por los estudiosos desde el siglo pasado, podemos saber –en relación con la fecha de aquella victoria que hay que situar en el año 129 de nuestra Era– que de los dos personajes, padre e hijo, que llevaron el mismo nombre de *Luci Minici Natal* sólo puede tratarse del hijo, que por distinguirse del padre, añadía a sus nombres los de *Quadroni Ver* o, simplemente, la precisión de *iunior*. En aquella fecha el padre parece que ya estaba muerto.

La inscripción tampoco dice que fuera barcelonés, pero es también por la *Prosopographia Imperii Romani*, resumen de toda la información epigráfica suministrada por los *Corpus inscriptionum* griego y romano y por los descubrimientos y publicaciones posteriores de este siglo que podemos afirmarlo.

Y sobre todo por la inscripción conservada en nuestro Museo de Arqueología. En efecto, *Luci Minici Natal Quadroni Ver* al redactar su testamento (no sabemos dónde, pero ciertamente lejos de *Barcino*; ni sabemos cuándo, pero ciertamente después de su nombramiento como procónsul de la provincia africana de Libia en el año 152) aunque su apretado *cursus* militar y político no le había permitido vivir casi nunca en *Barcino* un tiempo seguido, recordó su ciudad natal estableciendo un legado de cien mil sextercios "*colonis barcinonensibus ex Hispaniae Citeriore, apud quos natus sum*" para repartir un tanto por ciento en la conmemoración anual de su nacimiento a los decuriones y a los augustales "*qui presentis erunt*".

Con aquel "*apud quos natus sum*" tenemos el primer testimonio documental de un barcelonés que se declara tal por nacimiento. La inscripción de nuestro Museo nos da además excepcionalmente la fecha de nacimiento: un día de los idus de febrero –entre el 6 y el 12– que, por el cálculo de la edad que le correspondía por cada uno de sus sucesivos cargos, hay que situarlo en el año 96 o 97 de nuestra Era.

Hoy, con ocasión de nuestros juegos olímpicos –los 25 de los tiempos modernos y los 318 de su mítica o legendaria fundación en el 776 antes de nuestra Era– estos documentos epigráficos sobre *Luci Minici Natal* centran nuestra atención no solamente porque es hasta ahora, por lo que sabemos, el primer y único vencedor olímpico hispánico de los juegos de la antigüedad, sino que también porque en la primera mitad del siglo I fue una de las figuras barcelone-

sas con una presencia militar, administrativa y política de más relieve en el mundo romano en la época de los emperadores Trajano, Adriano y Antonio Pius.

Y, por los testimonios conservados en la propia *Barcino*, una figura que hay que recuperar para orgullo de la memoria histórica ciudadana.

Y además porque de alguna manera su victoria, de hace mil ochocientos sesenta y tres años, ha sido el podium arqueológico encima del cual hemos podido levantar la tantas veces fallida aspiración de nuestra ciudad de ser finalmente sede de unos juegos olímpicos.

La *Barcelona romana*, la de *Luci Minici Natal*, era bien diferente: no era una ciudad trepidante como la *Barcelona* de ahora ni, por descontado, una ciudad tan grande.

Todo lo que sabemos desde la llegada de los romanos, el año 218 antes de nuestra Era, hasta la desaparición de su poder, el año 476 dC., todo lo que dicen los textos de historiadores, geógrafos o poetas de aquellos tiempos; las citaciones de Pomponio Mela y de Plinio, de Paciano, de Ausonio y Paulino o de Avieno, es tan poco que con dificultades llegaría a llenar un par de hojas de papel. Pero, en cambio, las inscripciones conservadas son numerosas y nos dan, en su estilo sintético, casi de lenguaje cifrado, grabadas en latín encima de las viejas piedras, una riquísima información, imagen viva de una *Barcelona* del Imperio romano, hoy casi del todo desvanecida: noticias sobre sus edificios, sobre su gobierno y su administración, sobre su gente y sus vínculos de familia y de tribu, sus cargos políticos y sus empresas militares, sus devociones religiosas, sus intereses bancarios, su trabajo y su ocio y, entre éstos, los espectáculos y los deportes.

Si los arqueólogos y los historiadores no vamos equivocados en nuestras hipótesis –basadas a veces sobre vestigios frágiles o insuficientes– poco antes de nuestra Era, Octavio, el primer emperador de Roma, salvando el nombre y los títulos antiguos de una primitiva *Barkeno* o *Barcino*, nacida probablemente al pie de *Montjuïc*, trasladaba el núcleo urbano en esta zona del plano donde hoy está el casco antiguo (gótico o neogótico en la superficie, romano y visigótico en el subsuelo en muchos lugares excavado). Comenzó entonces el lento desarrollo de la vida de aquella *Colonia* que llevó los títulos solemnes de *Julia Augusta Favenita* y *Paterna*.

Sin embargo, no fue hasta el paso del siglo I al siglo II de nuestra Era y en la primera mitad del segundo que le llegó su es-

plendor: era la época del gran emperador Trajano, hispánico de nacimiento, que en Roma quiso rodearse de hispánicos y favorecerlos.

En la Barcelona de este tiempo había, aparte de los ciudadanos comunes, dos grupos sociales importantes. En primer lugar, una pequeña nobleza de terratenientes heredera de la sangre de los primeros colonos latinos, más o menos entremezclada con la de los grandes propietarios indígenas ibéricos; hacia el final del siglo I esta nobleza provincial se encontraba casi siempre lejos de la ciudad, instalada en Roma, haciendo coro a los emperadores.

En segundo lugar, había en la ciudad una pléyade de libertos (antiguos esclavos) que llegaron a ser administradores o personas de confianza de aquellos señores, frecuentemente ausentes, y herederos no de su sangre pero sí de sus riquezas; la máxima distinción social a que podían aspirar estos ciudadanos de segundo orden era la de pertenecer al Colegio de Siervos Augustales, servidores sacerdotales del culto a Roma y al Emperador; el complejo de inferioridad de su incierto o pobre origen lo superaban a menudo con el uso de la razón o la ostentación de sus riquezas, por medio de las cuales llegaban a constituir, de hecho, una oligarquía que dominó la administración de la Colonia.

El juego equilibrado de estas dos clases fue –con el esfuerzo de la clase numerosísima pero anónima y sufrida de los esclavos– la riqueza de la ciudad. Los Senadores, en Roma y por todo lo ancho del Imperio, atesoraban fortunas; los libertos, aquí, las administraban y, convertidos en Seviro, las hacían lucir levantando monumentos de recuerdo o de agradecimiento a aquellos amos lejanos pero siempre influyentes.

A la primera clase de ciudadanos pertenecían, entre otras, las familias de los Pedanis y los Trocina, y los Minici Natali, padre e hijo.

Los Minici Natali pertenecían a la tribu Galeria, la que le correspondía a la Colonia romana de Bârcino; pero del padre no sabemos con certeza si nació aquí o no.

Poseían un terreno no lejos de donde suponemos que estaba el *forum* o centro de la Ciudad –el *forum*, más o menos donde ahora está la parte alta de la plaza San Jaime y el terreno, donde hoy se abre la nueva plaza de San Miguel. Allí es probable que tuvieran desde el siglo I, la *domus* familiar y que allí precisamente naciese nuestro olímpico.

Las excavaciones de los últimos años nos han descubierto los vestigios de la que podría haber sido la casa natal.

Los Minici vivieron poco en Barcelona; la carrera senatorial los llevó a Roma donde ocuparon cargos progresivamente importantes en la administración y en la política y de Roma salieron, con cargos más importantes todavía, hacia las cuatro partes del mundo romano.

Del hijo sabemos que desde los diecisiete o dieciocho años no tuvo ocasión de residir en Bârcino un tiempo seguido, y en Roma tampoco: durante más de treinta años su carrera militar, principalmente, lo llevó de una punta a la otra del Imperio: del mar Negro a las islas Británicas, de las llanuras del Danubio al desierto de Libia.

Del 115 al 118 sirvió como Tribuno Militar a las legiones de Dacia, Mesia y Panonia, en la frontera danubiana entre la Austria y la Bulgaria actuales.

Hacia el año 123, su padre conseguía con el Proconsulado de la Provincia Africana uno de los lugares más importantes y privilegiados del Imperio y el punto más alto de su carrera y el hijo le seguía, como Legado Propretor, en Cartago.

Mientras, la residencia familiar de Bârcino, una gran casa que sin fantasía podemos imaginar rodeada de jardines, decorada con estatuas, pavimentada con mosaicos, permanecía desierta. Quién sabe si por esta razón, hacia el año 125, al dejar padre e hijo la provincia africana, volviendo a Bârcino por un corto reposo, deciden dar una parte de su terreno para levantar, en gasto propio, unas vastas termas (o baños públicos) y seguramente decoradas con abundancia de mármoles, mosaicos y esculturas. Son las únicas termas públicas documentadas de la Bârcino romana, con un porche delante y un acueducto, hecho a propósito, que llevaba las aguas necesarias. Y los trabajos de reforma urbana de los últimos años, también nos han descubierto vestigios notables de este acueducto.

La hipotética estancia en Barcelona debió ser, en cualquier caso, bien corta. De vuelta a Roma, el padre murió hacia el año 128 y fue enterrado cerca de la vía Salaria en un mausoleo que –afirma Rossi– ningún otro particular, en todo el imperio, lo tuvo tan monumental.

El hijo progresó en su carrera política, después de ser designado tribuno de la plebe fue nombrado augur y pretor y se encargó sucesivamente de las obras de la Vía Flaminia y de los proveimientos de la Urbe.

Pero en 129, se tomó un cierto ocio deportivo: fue a Olimpia, participó en los Juegos y ganó la carrera de carros, seguramente de cuadrigas; más adelante volveremos a hablar.

Pocos años después, hacia el año 131, medio honrado medio exiliado (porque, según algunos, había perdido la estima del emperador Adriano), recibía el cargo de Legado Augusto cerca de una de las legiones de Britania.

De vuelta a Roma fue encargado de vigilar la conservación de los edificios públicos y religiosos. En este punto de su biografía hay un pequeño vacío de información. ¿Volvió a Bârcino? No lo sabemos. En 139 estaba en Roma, ya cónsul, y poco después, hacia 142, Legado propretor en la provincia de la Mesia inferior, en la zona danubiana de la Rumania actual.

Finalmente, hacia el año 152, fue Procónsul, como su padre, de la Provincia Africana. Hay razones para creer que creó una buena administración; los de la Colonia de Leptis Magna lo nombraron patrón de aquella ciudad y los de Cartago le dedicaron una inscripción (y puede que un monumento) en Bârcino, en el edificio de sus propias termas.

Y con el proconsulado africano, Luci Minici Natal Quadroni Ver, acaba, al parecer, su carrera pública; hacia el año 154, cuando rondaba los sesenta años.

Dónde y cuándo murió, lo ignoramos.

Debía tener propiedades en Roma y en otros lugares de la península Itálica; debía conservar también en Bârcino, y parece ser que poseía, por parte de un abuelo, tío o padrino llamado Quadroni Prócul en Baetulo, en la antigua Badalona, y, hasta en Târraco, la Tarragona de hoy. Pero el horizonte de sus recuerdos debía ser mucho más vasto: había recorrido toda la extensión del Imperio, que era en definitiva todo su mundo. Difícilmente podríamos pensar que tuviese un sentimiento de patria o de nación a nuestra manera. El Imperio era un concepto de autoridad y administración interpretado por unas clases sociales, servido por una lengua y un derecho, como una cultura dominante, una geografía cada vez más extendida. Pero una idea de pertenecer a Hispania, o más concretamente a la Provincia Tarraconense, sí que la tenía. En cualquier caso, lo que no olvidó fue la raíz concreta de su origen: la ciudad donde había nacido.

Luci Minici Natal Quadroni Ver, general de Trajano y Adriano, Procónsul de África bajo Antonino Pio, ganador de una com-



Reordenación en Olimpia de las diversas piedras conservadas del monumento.

petición olímpica, viajero casi siempre alejado de su ciudad, al llegar al último momento de su vida, pese a todo esto, tenía todavía, como habéis escuchado, el orgullo de sentirse barcelonés.

Pero, como decía, que el horizonte de sus recuerdos debía ser amplísimo lo testimonian los diversos lugares, tan alejados entre ellos, donde se conservan o de donde provienen inscripciones que recuerdan diversas veces su paso o su estancia. En Barcelona y en Roma. En Tibur (el actual Tivoli), Viterbo, Minturno y Vulci en la península Itálica. En Palermo, en la isla de Sicilia. En Thagora, en la zona de Túnez. En Leptis Magna, en la zona de Libia. En Callatis y en Troesmas en el mar Negro, y en Albertialva en la zona danubiana de Hungría. En Megara y en Olimpia, en la península helénica.

Hoy, la de Olimpia es obviamente la que nos interesa más.

Hace poco más de un siglo, en enero de 1878, el equipo de arqueólogos alemanes que bajo el empuje del gran Ernst Curtius había iniciado la recuperación arqueológica de la sagrada Olimpia (un año antes que Pierre de Coubertin resucitara el espíritu deportivo), reencontraba en un muro facticio delante del Philippeion (el monumento votivo levantado por el padre de Alejandro el Grande) dos piedras inscritas en griego recordando la victoria del pretor Minici Natal en la carrera de carros, en los juegos de la doscientos vigésimo séptima Olimpiada, el año 129 de nuestra Era.

En 1896, Dittenberger y Purgold publicaban en sus *Inscripciones von Olimpia* el texto fragmentario, reconstruyéndolo; texto que después pasaría a formar parte de los *Corpus* de inscripciones griegas y latinas del mundo antiguo; e incluso, más tarde, los

nuevos datos biográficos sobre Minici Natal *iunior* quedarían incorporados a los diccionarios de antigüedades, los *Onomasticones* y la *Prosopographia Imperii Romani*. A pesar de todo, casi cien años después de su descubrimiento, la inscripción, conocida por los eruditos de todo el mundo, continuaba siendo ignorada por los barceloneses. Pensé entonces que convenía darla a conocer; que valía la pena ir a encontrarla. Y en 1972 lo intenté.

Las piedras de Olimpia, que recordaban aquella gesta, todavía estaban: entre las ruinas del antiguo recinto sagrado, bajo el sol de Grecia y a la sombra de los grandes pinos, dejadas entre las hierbas (donde, además, hice el hallazgo de una tercera piedra del conjunto).

Tengo que agradecer públicamente, ahora que tengo ocasión, a un ilustre colega, el profesor Nikolaos Yalouris, entonces éforo del Museo Nacional de Atenas e inspector General de las Antigüedades de Grecia, la primera ayuda que recibí para mi trabajo: él en persona me trajo amablemente a Olimpia desde la Escuela Americana de Arqueología de Atenas el papel que me tenía que servir para hacer el primer calco de la inscripción.

El análisis atento del texto de esta inscripción ha dado lugar a algunas controversias eruditas que ahora no es el momento de retomar; ya os he dado lo esencial de la lectura. Diré sólo que la expresión *armati teleio neikesas* podría decir que venció con un carro completo –es decir, una cuadriga de buenos caballos adultos– o puede que hasta con un carro perfecto, perfectamente conservado, entero. Recordamos que a menudo (como hoy en las competiciones de Fórmula 1) los carros chocaban y podían llegar a la meta destrozados. Recordamos, pues,

el caso de Arcesilao de Cirene (celebrado por Píndaro en la pítica quinta) “que no rompió nada de su carro”, un carro “bellamente trabajado por manos hábiles”, que, él también, dio al Santuario, que en su caso era el de Delfos. Y Plutarco reportó una oda de Eurípides en honor de Alcibiades, donde celebra que los carros de éste hubiesen tenido fortuna “de llegar sin desgracias” o, como decían los latinos, sin haber sufrido ningún *naufragium*.

Con honestidad científica debemos hacernos una pregunta: ¿fue el mismo Luci Minici Natal el que ganó la carrera? Es decir ¿él mismo el que condujo su carro hasta la meta y la victoria? Sabemos que en los Juegos Olímpicos, como todavía hoy en las carreras de Auteuil o de Longchamp, en el Derby o en Lasarte, el ganador no es el jinete sino el propietario del caballo: el barón de Rothschild o la reina de Inglaterra; en Olimpia lo era también el amo de la cuadriga. Tanto es así que, aunque las mujeres no podían participar en los juegos, más de una –Kyniska, hija de Archivos I y hermana de Agesilaos II, reyes de Esparta, podría haber sido la primera– fue ganadora y desfiló triunfalmente por el estadio como la propietaria del tiro de caballos vencedor.

No creo, sinceramente, que sea el caso del barcelonés Minici Natal. En aquella época en que sólo gente muy rica podía permitirse poseer cuadra de caballos propia, Minici Natal la debía tener no solamente como demostración de categoría social y económica, de prestigio, sino también por una pasión personal, por los caballos y los carros.

Minici se había formado como general en las llanuras del Danubio en las luchas fronterizas contra los pueblos bárbaros, guerra de movimientos y no de posiciones, a lo largo de las cuales debía haber tenido ocasión de entrenarse y el placer de correr el riesgo de llevar él mismo su carro. Más tarde pudo repetir la experiencia en el desierto de Libia, donde la guerra presentaba, entonces como en los tiempos modernos, un juego de avance y retroceso y de contraataques rápidos. Sustituimos, aligerándola, la imagen de los tanques de Montgomery y Rommel, de Tobruk en Bergazi, por carros y caballos, y nos acercaremos a la realidad de la época romana. Corrió seguramente llevando él mismo con mano firme el carro y las bridas de los caballos.

No era cosa frecuente, pero tampoco un hecho insólito. Recordaré sólo, remon-

tándome a los primeros tiempos de los juegos, el caso de Herodoto de Tebas, celebrado por Píndaro en la primera ístmica, “porque no dejó mover las riendas” de sus caballos “por manos de otro”.

En origen, a mi parecer, en el pedestal del monumento de L.M.N. no había ninguna inscripción; no al menos la que se ha conservado. La victoria había sido en el año 129; después del 154, acabada su carrera política, Minici Natal debió pasar una parte de su tiempo cribando recuerdos, a hacer balance de horas dulces y amargas, de aciertos y fallos. Recordaba seguramente con orgullo aquella jornada triunfal y porque la inscripción no estaba o porque se había dañado quiso hacerlo grabar en el monumento que había ofrecido a la divinidad de Zeus a causa de la victoria. Es la inscripción que se ha conservado. Habían pasado veinticinco años y por eso pudo añadir al recuerdo olímpico el hecho personal, de orgullo político, el honor del máximo cargo conseguido, con la última frase de la inscripción, que dice que había sido Cónsul y Procónsul de Libia: tanto como decir Virrey de África del Norte.

Cuando en 1972 fui a Olimpia a la búsqueda de esta inscripción, hice con mis propias manos un calco y el amoldado: son las piedras que, reproducidas, exhibe ahora en su entrada nuestro Museo del Deporte.

Pero no solamente hice el calco de la inscripción. Dibujé y medí otra serie de piedras esparcidas alrededor de las señales que yo interpretaba como los encajes de las figuras escultóricas que, imaginaba, tenían que acompañar el carro ofrecido al santuario por Minici Natal *iunior*.

La restitución hipotética del conjunto permite establecer que la cara frontal inscrita medía 3,50 m. (la anchura adecuada de un zócalo que tuviese que presentar encima un carro para una cuadriga de caballos). Esta medida comportaba que proporcionalmente el monumento tuviera una longitud aproximada de al menos 6 m.

El basamento, no muy elevado si tenemos en cuenta el ejemplo de los monumentos similares todavía conservados en Olimpia mismo, debía estar formado por dos o tres hileras de piedras cortadas de una altura total de unos 0,90 m.; todo el conjunto sobremontando a poca altura, un basamento de la típica piedra porosa de origen marino usada en toda aquella zona.

En Olimpia, los monumentos conmemorativos de las victorias de carros eran emplazados en la zona vecina del gran templo de Zeus y Apolo y entre éste y el recinto del hi-

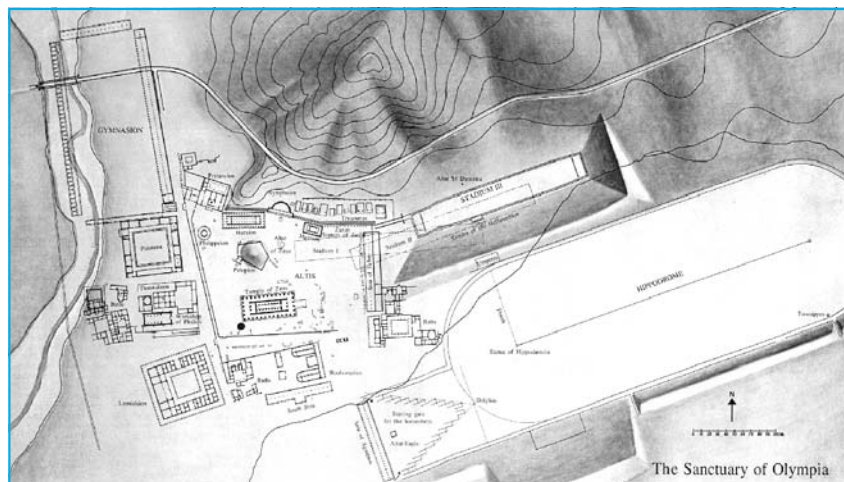
pódromo. (Del hipódromo, totalmente arrasado por una crecida tumultuosa del vecino río Alfeo y convertido hoy en un huerto florido, no queda más que un corto fragmento del muro que cerraba la explanada delante del gran templo.)

Una gran parte de las piedras de los monumentos situados en aquella zona fue aprovechada por la emergencia de fabricar un muro de protección del *Altis* (el núcleo del recinto sagrado de los templos y los tesoros) cuando hacia el año 267 hubo noticias del avance de las hordas bárbaras de los hérulos. Ésta fue también la suerte de algunas de las piedras del monumento de L.M.N., que sirvió para el muro de refuerzo del Philippeion; allí estuvieron más de diecisiete siglos hasta que, durante la tercera campaña de excavaciones de los arqueólogos alemanes de 1877-1878, el muro fue rehecho y las piedras esparcidas por la zona vecina delante de la antigua palestra, donde están todavía actualmente (pero hoy un poco ordenadas por mí mismo); el descubrimiento de las piezas que contenían la inscripción (más tarde se añadió una tercera) fue anotada en el Diario de los trabajos de excavación (el original del cual he podido consultar en Olimpia); unos cuantos años después (1896) Dittenberger y Purgold las incluyeron en su volumen *Die Inschriften von Olimpia*, como ya he recordado antes.

Para los que estudiaban la etapa más antigua de Olimpia, del Santuario y los lugares sagrados, esta inscripción de un personaje romano de finales de la época de los juegos tenía poca importancia, y sus fragmentos quedaron por el suelo, con la parte inscrita girada de cara a la pared de la Palestra; el

lugar y las hierbas de alrededor la hicieron completamente invisible a los visitantes de las ruinas hasta 1972 en que, habiendo acertado a localizarlas, pude moverlas para hacer un primer calco y limpiarlas de hierbas (pero después las piedras se mantuvieron en el mismo sitio, nuevamente de cara a la pared).

Partiendo de la idea de que todas ellas habían sido traídas aquí desde otro lugar del Santuario, que lógicamente tenía que ser cercano al hipódromo, mi búsqueda se desplazó hacia el espacio situado al este de *Altis*, delante del templo de Zeus y entre éste y la *stoa* o porche de Eco y el muro de recinto del hipódromo, donde se levantaban los monumentos ecuestres y donde al lado de los que recuerdan a los célebres Hierón y Gelón de Siracusa, quedan los vestigios *in situ* y el esparcimiento de piedras de muchos de otros no identificados. En aquella zona, durante los trabajos de sistematización arqueológica de los últimos años, se han ido agrupando las piedras que presentan rasgos comunes de material, de forma o de época; entre ellas hay un grupo de más de una treintena de bloques de calcárea gris claro de la misma calidad de las piedras con la inscripción de L.M.N. y que son los únicos de este material que hay allí; estas piedras, que podrían haber sido parte del zócalo del monumento (de dos hileras entre el fundamento y la hilera superior de basamento del carro, con la inscripción), son todas de unos 0,30 m de alto, coincidiendo, por tanto, con la altura de las identificadas en la zona de delante del Philippeion, con la inscripción y las señales de la base del monumento.



El conjunto monumental del santuario de Olimpia, con la situación del hipódromo, hoy desaparecido, de acuerdo con los testimonios arqueológicos conservados y la descripción de Pausanias (N. Yalouris, *The Olympic Games in Ancient Greece*, 1982).



Vista parcial del monumento "LUCIUS MINICIUS NATALIS QUADRONIUS VERUS" ubicado en la avenida del Estadio, en la Anilla Olímpica de Montjuïc, Barcelona.

Y a poca distancia de estas piedras, orientado según el eje que iba de la fachada del templo al hipódromo, hay, *in situ*, casi completo, el fundamento de un monumento rectangular de 3,65 m por 8,40 m (aproximadamente las medidas hipotéticas del monumento de L.M.N).

En resumen, las búsquedas iniciadas en la primavera de 1972 y completadas por mí mismo (con la ayuda concedida por la Dirección General de Deportes) en el otoño del 88 dan como resultado conjunto la localización de:

1. en la zona entre el Philippeion y la Palestra

a) tres piedras de la hilera superior del basamento o zócalo con la inscripción conmemorativa de la victoria de L.M.N., de una longitud conjunta de 2,825 m que con la pieza que falta que contenía las primeras letras del texto haría un total de 3,50 m.

b) ocho o nueve piedras del plano superior del mismo basamento con señales de encajes para sostener los elementos de soporte del carro ofrecido por L.M.N. al Santuario; de largo y ancho diversos, tienen todas unos 0,30 m de altura como las tres piedras de la inscripción.

2. en la zona entre el gran templo de Zeus y Apolo y el muro de recinto del antiguo hipódromo, hoy desaparecido,

c) el posible fundamento rectangular de piedra porosa blanca (de unas medidas aproximadas de 3,65 m por 8,40 m) del monumento, conservado *in situ*, y, a poca distancia de éste,

d) más de una treintena de bloques de piedra calcárea gris, el mismo material de los bloques de la inscripción y, como éstos, de una altura de unos 0,30 m, correspondientes a las hileras inferiores del basamento.

Todos estos elementos materiales me parecen más que suficientes para sustentar la hipótesis del emplazamiento originario del monumento, sugerir la imagen en sus líneas generales y permitir, por tanto, rehacerla.

En lo relativo al emplazamiento, recordamos que el año 129 Lucius Minicius Natalis Quadronius Verus ya había ostentado algunos cargos públicos importantes; que tenía suficiente prestigio y podía tener una influencia suficiente, en la Grecia ya convertida en provincia romana, para obtener un lugar distinguido donde levantar su monumento votivo (es decir, la ofrenda de su carro victorioso al Santuario) cerca del porche de Eco, hacia la entrada del hipódromo, no lejos, pues, como he dicho, de donde se levantaban los monumentos de los más notorios vencedores de los juegos antiguos, de la época griega.

Por nuestra parte, no se trata ahora, evidentemente, de reconstruir el monumento, incluido el carro (del cual no tenemos por ahora ninguna referencia iconográfica válida), cosa que fue un verdadero *pastiche*, sino de evocar con rigor y dignidad la forma y la existencia, en otro tiempo, en uno de los lugares más solemnes y privilegiados de la antigua Olimpia. Reproducir estrictamente la reliquia arqueológica, ordenando las piedras que todavía quedan, esparcidas por el suelo, cerca del muro de la antigua palestra de Olimpia.

Nuestra reproducción está previsto emplaarla en el mismo corazón de la anilla olímpica de Montjuïc, delante del "edificio del INEFC", justamente al final del paseo que lleva desde ahora el nombre de nuestro primer campeón olímpico, el barcelonés Minici Natal.

Breve semblanza biográfica del profesor Frederic-Pau Verrié

Nacido en Gerona el año 1920.

Hombre sensible y de consenso. Ha sido Historiador de Arte, Arqueólogo, Crítico de Arte, Museólogo, Profesor y Editor.

Inició su vida universitaria en la Universidad Autónoma de Barcelona antes de 1936.

Penoso paréntesis en 1936-1940 por guerra, campos de concentración y servicio militar.

Reanudación de los estudios en la Universidad de Barcelona.

Los años 40 trabajaba en el Instituto Amatller de Arte Hispánico con Joan Ainaud de Lasarte y Joseph Gudiol, con los cuales publicó el Catálogo Monumental de Barcelona (1947).

Fundador de la Revista *Ariel* (1946).

En los años 50 y 60 realizó docencia en la Escuela Massana, creó la Escuela Elisava de diseño y formó parte del Jurado de la llamada "Letra de Oro", distinción otorgada al mejor libro del año anterior. El primer ganador fue Salvador Espriu, autor del cual Verrié publicó en 1960 la conocida obra *La piel del toro*.

Como editor publicó en los años 1956 y 1958 los volúmenes primero y segundo de *L'Art Català*, obra fundamental dirigida por Joaquín Folch y Torres, de la cual realizó la dirección técnica. De gran interés fueron sus colecciones de postales de Arte.

Como Profesor a finales de los 70 desarrolló la asignatura de Historia y Técnica del Arte, en

el Departamento de Historia de la Universidad de Barcelona.

Director entre 1970 y 1972 y entre 1980 y 1985 del Museo de Historia de Barcelona.

Estudios en Olimpia y en Barcelona sobre el primer Olímpico catalán: Lucius Minicius Natalis. Como Arqueólogo, se especializó singularmente en Arte Medieval, publicando en 1953 el libro *La vida del artista medieval*.

Desde 1991 es miembro de la Junta de Museos de Barcelona, de la cual es vicepresidente desde 1996 hasta la actualidad.

Medalla al Mérito Artístico de la Ciudad de Barcelona (1999).

Miembro Numerario de la Academia de Bellas Artes de Sant Jordi (2002).